

LA MANSION DE DANIA

POR ROSENDO TELLO AINA

Allá por los inicios de mi primera juventud, concebí el propósito de relatar unos acontecimientos que tuvieron lugar en mi adolescencia y que figuraban, sin duda, como premoniciones infantiles. La impresión suscitada por una extraña edificación, a la que ya entonces di el nombre de "Mansión del olivar", actuó de acicate motor. Intervenían, también, como principales elementos excitantes, la que en Letux, mi pueblo, denominan la Fuente del Baño y una joven misteriosa, espejo de inconscientes inquietudes; datos todos ellos reales y vívidos, siempre recurrentes en la memoria. La transcripción actual, pese a la distancia transgresora de la madurez, ha intentado mantener la frescura—ojalá aún ingenua—de una visión que debe atribuirse, por derechos temporales, a la leyenda de mi adolescencia.

A mi madre.

1

LA primera vez que la vi a lo lejos me impresionó. Para la ensoñadora sensibilidad de los quince años que yo tendría entonces, aquello debía de ser una mansión, puesto que se trataba, sin duda, de una edificación poco habitual a mis ojos; por supuesto, nada parecido a una casa de campo o al tipo de vivienda que en la tierra denominan torre, o masía. Y acierto a explicarme por qué, dada la extrañeza de su ubicación y de su singular arquitectura. Según mis cálculos, se hallaba emplazada a unas cuatro millas del pueblo, en el centro de un bosque de olivar tachonado de al-

mendros, granados y muy variada gama de árboles. He dicho que se hallaba emplazada y no sé si con acierto; al menos es allí, en aquel paraje, donde por vez primera se me manifestó. Aunque lo que no deja de maravillarme aún es cómo hasta mi adolescencia me había pasado desapercibida; ni la más remota referencia de parte de mis padres, ni siquiera de mis amigos de la infancia, tan avezados a todo tipo de montaraces correrías. Me atrevería a decir, sin embargo, que un raro maleficio latía al fondo de nuestras vidas; incluso los mayores semejaban presa de un desasosiego nervioso y anhelante que siempre se me hizo perceptible y que atribuí al reticente modo de ser de mis paisanos.

Recuerdo cuando se acercaba el tiempo de la recogida de la oliva, allá a mediados de diciembre, próximo el solsticio invernal. Solsticio que de alguna manera tenía que afectar a nuestro comportamiento, pese a la febril agitación del vareo y al dinamismo repiqueante de los dedos contra las tablas de la serna rojiza. La luz crepuscular que la mansión emitía en aquella dirección tuvo que producir efectos cuyo alcance se me escapaba por aquel entonces. Pues notaba en mis padres deseos de terminar pronto. Situados de espaldas al lugar donde se encontraba la mansión, avanzaban en todo momento de rodillas, impulsados por un desasosiego interior, y mi padre procuraba colocar las escaleras sobre los ramajes de los olivos con la previsión de que, así lo entendí, su cuerpo no se ofreciera de frente, adoptando en cualquier caso una posición oblicua. Alguna vez, siguiendo un camino que en el pueblo llaman Camino de Zaragoza, nos era forzoso avistarla y mi padre aceleraba el paso hasta dar a un claro donde el bosque desaparecía y quedábamos frente a un cerro de piedras reverberantes, el Cabezo de los Judíos, investido de una fascinación casi semejante al hechizo del olivar.

Un día de finales de diciembre se me envió a una fuente que dicen medicinal, la Fuente del Baño, y que destila en la raíz de un manto de arenisca. Me encantaba aquel recorrido que, para atajar, realizaba saltando las ribas de las tablas esmaltadas de vaporesos grumos de sombra y movibles manchas de sol, filtrados por las copas. Zumbaba el olivar a las galopantes arremetidas del viento, y las ramas, al rozarse unas con otras, exhalaban hondos que-

jid. Resultaban solemnes, vistos en la lejanía, los cuerpos convulsos de los olivos centenarios. A veces, me paraba, inmobilizado por el silencio insondable que se abatía alrededor de mí, y me ponía a contemplar sus siluetas que ensayaban en la neblina azul de la mañana o en la dorada de la tarde, posturas inverosímiles. Era un recorrido lleno de seducción maligna por el espanto placentero que me embargaba y que yo sabía vencer a fuerza de resistente curiosidad.

Llegado al pie de la roca, me sentaba en un crujiante reborde de césped y distraía mi imaginación en perseguir las mil mutaciones del agua; desde que brotaba impulsando irisadas nubecillas de arena volátil, hasta que abría con sus burbujas la superficie de satinado azul. Con el tiempo, vino a producirse un ajuste perfecto entre mi mirada y el movimiento del agua, de manera que ya no sabía si era aquella la que ejercía una suavísima presión sobre su superficie o era esta la que modulaba los sueños más insólitos: formas brillantes y delicadas como el nácar, en escorzos geométricos que se desvanecían en callados estallidos musicales; figuras que aparecían de súbito y se desdibujaban en el desmoronamiento de la arenilla gelatinosa. Mi retina se había acostumbrado a esos juegos y era capaz de pasar horas enteras asomado al ojo mágico del fondo, en fusión con el alma de la fuente. Esa sensibilidad para todo lo inútil, para acechar el tiempo en el éxtasis de lo irrelevante, me ha dotado de una segunda naturaleza que ha terminado por imponérseme en todas las escalas de la existencia.

2

Aconteció a mediados de junio, recién estrenadas mis vacaciones escolares. Con qué fervor había esperado la llegada de aquellos días tan cargados de agitación cósmica. Dado el retraso con que la primavera se manifiesta en nuestro país, primavera y verano parecen brotar a la par, mezclándose y fundiéndose en abrazo estremecido, actitud ensoñadora que recuerda a los amantes. Extravagan en la lejanía los caminos y el aire cernido que ha quedado detrás se detiene temblando en las fresquísimas umbrías, orladas de azulinos tintes. Cerca ya del solsticio de verano, entre San Juan y San Pedro, arco temporal tendido para que en él se extasíen las

campanas, me dirigí una tarde a la fuente del olivar. Ir al olivar fuera de la época de la recogida, si no carente de todo sentido, semeja una incoherencia. Su abandono es fantasmagórico y su soledad, espectral. Los pájaros parecen comprenderlo así y tan apenas se aventuran por los laberintos de ramajes, encantados en la desolación solar. Tan sólo el melancólico cuco, o quizás la tórtola inconsolable, desgarran el aire hermético, acunado por el eco, con sus tristes endechas.

Tan pronto como se sale del olivar, se abre un claro en forma de triángulo. La base estalla en una hilera de higueras crepitantes, sin interrupción, y los lados quedan cerrados por los flancos calizos de dos breves montículos, salpicados, acá y allá, de escuetas blondas de aliagas y tomillos. El vértice del triángulo se prolonga en un festón erizado de juncales, a cuyo pie discurre una senda diminuta y ondulante que sube sin descanso, salvando sucesivos desniveles hasta borrarse justamente a orillas de una plataforma de césped, clausurada por tres colinas leonadas. Zarzamoras, cañaveras, juncales y rosales silvestres, abastecidos por un riego bordoneante, velan la entrada de la fuente. Tras esa valla natural, asoma el ojo purísimo del agua, agitado en cualquier estación por un cabrilleo interior. El olivar eleva más arriba del terraplén de greda su fronda de severa plata, estableciendo un cerco vigilante y sombrío al secreto del claro.

Me embelesaba el misterio de la hora que precede al ocaso. La luz desciende en cendales melancólicos a través de los olivos y los filamentos de araña penden de los rosales como entorchados de oro. Zumba el abejorro empañado de lumbre y el canto del cuco distribuye las sombras al arrimo de las higueras, tensas como candelabros. En el triángulo del primer claro, el bordoneo de las abejas dilata el lamento de la tierra en la rotación extática del solsticio. Allí todo repercute en una gruta, resuenan las distancias y se apagan, y los pájaros cruzan el estanque del aire, rayándolo con el trazo deslumbrante de su relampagueo.

Se acercaba el instante que antecede al crepúsculo y yo me hallaba sentado junto al agua, cuando creí percibir un chasquido, al que siguió un rumor de voces. Se alzó una brisa suavísima y las ramas de los olivos, tocadas por el esplendor purpúreo de poniente, empezaron a gemir. Entendí que las voces surgían del

fondo del bosque y me incorporé, tendí la vista alrededor, pero ninguna presencia se hizo visible. Un nuevo chasquido, ahora acompañado de un choque de agua, el que sigue a la caída de una piedra rasante, hizo que mis ojos se dirigieran a la fuente. El rumor sonaba indistintamente frente a mí y, no obstante, se originaba allá arriba, de modo que, sin distraerme, podía oír en distintas direcciones las voces extrañas. Lentamente, empezó a ceder la luz, como si un abanico celeste la agitara en franjas polvorientas. Sombras y luces parpadeaban hasta que cayó el silencio. Se había ocultado el sol y el claro se iba sumiendo en una oscuridad impenetrable. Fue entonces cuando pude oír desde la hondura: «Ven, no temas, acércate».

3

Un corredor de altísimo techo abovedado se dilataba ante mi vista y parecía perderse en el infinito. Quedaba envuelto en una neblina vaporosa e inconstante y del punto que cerraba su extensión en fuga fluía una bocanada de resplandor azafranado. Me fui acercando con lentitud, como si flotara, y desde la estancia frontal que se comunicaba con el corredor a través del punto de luz, la puerta de acceso, oí la voz de nuevo: «Ven, no temas, acércate». Me adentré, no sin sobresalto, en el recinto y una lumbre intensa me cegó la visión. Siempre había sido así en mis sueños, pero ahora hube de restregarme los ojos para percatarme de que no me hallaba ante una ficción irreal. Cuando recobré la vista, estaba frente a una joven bellísima, Dania, por lo que pude recordar de encuentros anteriores. De su presencia tan sólo retengo el fulgor de su mirada y el destellar de su túnica blanca, a pesar de la nitidez envolvente de la luz. El recato de su figura, un aire entre severo y muellemente sensual, el timbre de su voz jamás en desajuste con la delicadeza de sus ademanes, la suavidad del ambiente que parecía prendido a la inquietud de su mirada, me tenían suspenso.

La estancia se comunicaba con otras dos contiguas, cuyas puertas se hallaban entreabiertas. No se notaba corriente alguna de aire y, sin embargo, el cabello de Dania se agitaba a impulsos que provenían, sin duda, del batir armonioso de las puertas, que imprimían en el volumen de aire de la estancia un movimiento

febril, en un imponderable parpadeo de la luz. Alrededor de la muchacha, la luz semejaba cobrar consistencias aromáticas; más al fondo, parecía brotar de abajo en intensos halos blancos. Si las puertas se entreabrían, disminuía la luz con una sonoridad grave y, si se cerraban o estaban en trance de conseguirlo, la tensión luminosa aumentaba de volumen cada vez más agudo y penetrante. La expectativa de la emoción en que me encontraba jugaba también su papel de acuerdo con el fenómeno presenciado. Sin despegar los ojos de Dania, podía juzgar el resultado de los hechos: su mirada actuaba de diapasón, ora grave y melancólico en la inclinación y abatimiento de los párpados, ora lleno de arrebatos en la profunda abertura de sus pupilas dilatadas como joyeles.

De fuera no entraba ni el más ligero rumor, a pesar de que mis pasos por el largo pasillo habían sido precedidos por zumbidos extraños, como el batir del viento en los ramajes del olivar ante el claro de la fuente. Se diría que estaba asistiendo a un crepúsculo interior, en sentido inverso al de un proceso cósmico. Era un sol nocturno el que se ponía sobre un cielo radiante; era la evaporación de una experiencia para que en el espacio antes ocupado se instalara un vacío pleno, el fluir que arranca desde una negación hasta una afirmación absolutas. O así lo creo ahora al recordar, pues al punto Dania vino hacia mí, colocó su mano fría sobre mi hombro, me dio tres golpes en la frente y, sin que mediara palabra alguna, empezamos a avanzar en dirección al corredor que quedaba a nuestras espaldas. Se cerraron con estrépito las puertas de las estancias contiguas y aquella en la que nos encontrábamos bajó súbitamente el tono de luz hasta reducirse a una suavísima penumbra confidencial, al tiempo que los cortinajes de los cuatro rincones ardían y el denso granate de su terciopelo se tornaba incandescente, alimentado por un soplo de aleteante fragua. Atravesamos el pasillo, ahora libre de la neblina que me había precedido, y salimos afuera.

4

Hay un momento de la tarde que siempre ha resumido para mí toda la sugestión celeste. Si me situó entre el cerro Cantalobos y Santa María, en un camino que se cierra entre el primero y un

promontorio de tierra rojiza, que permite asomarse al crestón sombrío de la huerta, me abandono en el centro de una aspiración. Poco antes de que el sol se ponga, el aire que viene silbando del norte en su paso hacia el oeste, levanta el vuelo hacia arriba como un alisio y, antes de desaparecer, se aprieta en un lienzo de luz contra la sábana de hierbecillas frágiles. Por el corredor vacío que ha dejado la irisación de su vuelo va penetrando una oscuridad fantasmal y con ella el silencio. La tierra se detiene y el ojo extático del sol, a punto ya de hundirse en la línea de fuego, se fija como un globo sobre Cantalobos. En ese preciso instante interviene el ruido del silencio con tal precisión iluminante del vacío, que se le ve tomar relieve; en principio, de púrpura levísimo hasta cobrar la distancia de un desvanecimiento violeta; después, el viento desciende moteando los cañaverales con su cabrilleo de oro vivo. ¿Qué puedo exigir a ese resplandor sino que se detenga y destile hacia adentro?

Guiado por él, debí de cruzar el río una mañana y adentrarme en el encaje de vaporosa sombra que tejen los tamarindos de Santa María. Tan pronto como atravesé el prado, di con una boca oscura entrelazada con arcos de yezgos, saúcos y ruda, en maraña inextricable. El río Aguas Vivas, en meandro deslumbrante, como un arco de zafiro, resbalaba un poco más allá, ceñido a una isleta resguardada por una fila de blanquísimos álamos. Una vez dentro de aquel recinto semicircular, era necesario ir ascendiendo muy suavemente por una alfombra de grama, tapizada de llantén y malva-visco, hasta que se avistaba un compacto bosquécillo de fresnos. Había avanzado la mañana y se tendía en el espesor de las enramadas con el esplendor cernido por el insistente chirriar de las cigarras. La vegetación quedaba graduada de tal forma, que la luz, al deslizarse de la altura como a través de un umbráculo, se deshacía en temblorosas franjas azuladas. De modo que, sin apenas transición perceptible, se accedía desde la vibrante claridad meridiana a la añorante intimidad crepuscular.

Al doblar un macizo de zarzamoras, tuvo lugar el encuentro cuyo recuerdo todavía me conturba. En el centro mismo del bosquécillo y al pie de un fresno delirante, aparecía una mujer recostada en una mecedora de mimbre. Le atribuyo ahora una edad de cuarenta años, bellísima, inclinada la cabeza con delicada grave-

dad, en atenta lectura sobre un libro que emitía reverberaciones doradas de sus cantos. Vestía de negro, con ligera túnica que destacaba el blanco marfileño de rostro, brazos y pies. Su cabellera rubia que sombreaba una pamelita malva, agitada, más que por el frescor del aire que removía la atmósfera encantada del recinto, por el temblor concentrado de su mente, mostraba las transparencias del ámbar. En seguida notó mi presencia, porque alzó su rostro con naturalidad y, sin muestras de sorpresa, fijó en mí sus profundos ojos negros y sonrió tan dulcemente que me dejó turbado. ¿Quién era aquella mujer, sola en aquel lugar y a aquella hora? Pensé en Dania, pero ¿qué explicación convincente que despejara el estado de azoramiento en que me veía? Aunque me animaba a acercarme, no me moví del lugar donde me había sorprendido la visión. Tuve el sentimiento de que se comunicaba conmigo por medio de sonidos interiores que habían de interpretarse mediante figuraciones externas, embebidas en el hechizo de sus ojos.

Cerró el libro sostenido con su mano fina y alargada, sin dejar de mirarme, y a través del imán de sus pupilas parecía comunicarme toda la espesura trémula de su interioridad. Quise entender que de nuevo me invitaba a acercarme y, advirtiéndome que mi turbación aumentaba, se alzó con lentitud, dejó el libro a un lado y adelantó hacia mí con un cadencioso movimiento de brazos. Avancé unos pasos y la capa de aire que nos separaba empezó a temblar, al tiempo que se oscurecía la floresta, como si el cendal de una nube se hubiera interpuesto entre nosotros. Entonces se descubrió, en un claro de sol, la profundidad del bosque, en medio del cual pacía en silencio un caballo blanco como la nieve.

Muy cerca, el río agitaba lentamente su sábana de pedrería chispeante. Recuerdo el zumbido de un moscardón al adentrarse en el macizo de zarzamoras, mientras se oía, más allá de la ribera rumorosa, el tintineo de una esquila. Mugieron unas vacas, aumentó el balanceo soñoliento de las ramas y una tenue claridad dorada inundó el bosque. La mujer se sentó de nuevo y volvió a sonreír, esta vez con expresión melancólica. Ahora parecía hablar consigo misma, pero me transmitía sus palabras por el canal mudo del aire; sonidos interiores que llegué a comprender y que no sabía reproducir. Viendo que yo me sentía incapaz de moverme de donde me había situado, preso como si mis pies estuvieran cogidos

con cepos, musitó al tiempo que entornaba sus ojos: «Te esperaré bajo los fresnos; nunca dejarás de venir aquí». Se tendió en la mecedora, inclinó la pabela con mano gentil sobre sus ojos ensombrecidos y quedó profundamente dormida. Chasqueó el río. El caballo levantó la cabeza del pasto que lo tenía ensimismado y sacudió su crin con un aire de cascada lunar.

5

Había llovido y una oscuridad enramada y tensa, de la tonalidad del amatista opaco, se filtraba a través de las nubes bajas. A la altura de mi sabeza, planeaba una atmósfera sombría y, más abajo, escintilaba una faja de resplandor fulvo, como el reflejo de una lámina lisa que hubiera sido espolvoreada con ópalo de fuego. Un aguacero súbito batió toda la extensión del campo y las dos capas, superior en tinieblas e inferior en lumbre encandilada, se fundieron punzadas por los dardos de lluvia. Caminé a lo largo de una lividez espectral hasta que el sol, pendiente como una lámpara cegada en la cuerda del horizonte, paulatinamente empezó a fosforescer. En los instantes que anteceden al mediodía me encontraba frente a la mansión. Su vista no me sorprendió, como pudiera creerse, ya que todo en ella se ajustaba a una disposición natural, no sólo con respecto a sí misma, sino con el entorno que la abrazaba.

Se erigía ante mí con toda la emoción de su deslumbramiento y, sin embargo, juraría haberla visto en ocasiones anteriores. Ahora fucilaba ante mis ojos, como lavada por la lluvia reciente, envuelta en un halo verde que le manaba de dentro con temblores de acuario. Ocupaba el centro de un espacio circular y se ceñía a un trazado cuadrangular en su forma, a manera de urna si se la contemplaba desde la altura. De sus cuatro ángulos irradiaban sendas avenidas flanqueadas de parrales que se sostenían en una teoría de morales, tilos, higueras y latoneros. Un muro de tosca piedra cenicienta circuía el contorno, con guardapolvo de zarzamoras y rosales raquíuticos. La única puerta de acceso se abría al frente de la fachada principal y para acceder era necesario forzar una verja de hierro, a duras penas practicable, ya que zarzamoras y hierbas montaraces la atenazaban. Desde la verja, una espléndida avenida central, sombreada de granados, iba a tenderse bajo el amplio por-

talón. Por encima de él corría una galería luminosa de cuatro cuerpos que enmarcaban finísimos fustes de ladrillo trenzado, y más arriba, a la sombra del alero, una arquería afilegranada de tres arquillos y columnilla doble. Sobre las cuatro vertientes del tejado pujaban ocho airoosísimos pináculos que semejaban regir, dos a dos, la rosa de los vientos. Deslumbrante debía de ser el juego de luces de sus mosaicos, en disposición tal que, al incidir la luz en su superficie especular, la reflejara con la viva sutileza de un caleidoscopio.

Había pasado la hora del mediodía y las nubes no habían desaparecido. Vibraba el interior de la mansión y su figuración de urna comenzaba a teñirse con la transparencia de un fanal. Sonaron pasos a lo lejos, más allá del recinto cerrado, con chasquidos de tierra fangosa. Vi a mi padre situado de espaldas, en una altísima escalera, cuando unos dedos repiqueteaban sobre una tabla de terrones espejeantes. Permanecí vacilante en el suelo, con la mente vacía, flotando alrededor de un centro de absorción que inspiraba hacia arriba, notando tan sólo que la columna de aire de mi espíritu quedaba desposeída de su interioridad espesa como el humo. Sentí que la llamada de siempre repercutía en mi interior con la desolación evanescente del eco. El instinto me impulsó a dirigir la vista hacia la galería en el momento en que un estremecimiento de sol ponía en acción el juego de los espejillos de los mosaicos. En ese instante divisé una figura juvenil de mujer que avanzaba por la avenida central. Sin duda era Dania, que venía a mi encuentro. Mi estupor creció al observar que la misma figura, como reflejada en un espejo, me contemplaba desde lo alto de la galería. Relajada la primera, abriendo el aire denso con el vuelo de su túnica incolora; tensa la segunda, a través del cristal empañado aún por la lluvia, con ojos petrificados de estatua. Al cabo de un tiempo que no sabría precisar, la luz desapareció. El sol, que fulgía dentro de unos nubarrones rasantes, estaba a punto de ponerse y una sombra difusa iba borrando lentamente la mansión ante mis ojos atónitos. Ardieron más allá las cimas de los montes lejanos, como si alguien hubiera prendido una hoguera, y la oscuridad empezó a gemir en el canto de los alcaravanes.

6

La presencia de la mansión llegó a resultarme obsesiva y dolorosa. En las largas noches invernales, apretujado en el fondo de la cama, oía silbar el viento sobre la ventana o descender con un lamento interminable por la chimenea del hogar. Algunas noches no lograba conciliar el sueño hasta que los rosarieros, al filo de los primeros gallos, aporreaban las puertas de las casas con sus martillos y hacían sonar sus campanillas cristalinas convocando al canto del rosario. Las noches de lluvia me sobresaltaba la filtración sonora del tejado sobre los baldes del granero, mientras los olivos, ululando en el fragor del vendaval, depositaban en mi mente enfebrecida la fantástica sombra de la casa. En ocasiones, me despertaba a punto ya de penetrar en el recinto exterior murado; otras veces, conseguía adentrarme por sus vastos pasillos, sumidos en un silencio expectante y desolado.

Con el tiempo fui cobrando confianza, al extremo de recorrer sin temor todas sus dependencias. Jamás pasó por mi mente la idea de que la mansión pudiera tener un propietario; su avanzado estado de deterioro debió de familiarizarme con la idea de que había sido abandonada hacía muchos años. Cuando me habitué a su silencio y su soledad, la consideré de mi propiedad exclusiva y jamás di cuenta a nadie de mis solitarias excursiones. Llegó un momento en que ya no tenía secretos aparentes para mí. Y digo aparentes porque aún distaba mucho, como después comprobé, de conocerla en toda su profundidad; por ejemplo, el timbre variable de la luz, según se tratara de una u otra dependencia; o el abrirse y cerrarse de sus puertas, siempre distinto, con calidades de sonoridad que hubieran pasado desapercibidas a los oídos más exigentes. El tono de esas sonoridades cambiaba según el oyente se hallara situado cerca o lejos de lo que podríamos denominar centro matemático de absorción. Yo ponía un cuidado sumo en fijar y pulsar ese centro, sensible como un pedal. Cuando lo conseguía, cualquier ruido exterior penetraba en aquella caja de resonancias hasta ensordinarse en un lamento melodioso. Así, el zumbido bramante del olivar, el aletazo de las aves nocturnas o el chillido espantoso de las alimañas.

Una noche en que el cansancio tras un largo forcejeo estaba a punto de cerrar mis ojos, noté que la estancia se iba impregnando de un aroma enervante, como si todos los árboles del recinto exterior hubieran florecido de pronto. Abrí los ojos y vi, no sin mezcla de extrañeza y estupor, que Dania se había sentado al fondo de la estancia frente a mí. «Ven, acércate», musitó. Y como comprobara la emoción turbadora que me dominaba, añadió: «Te esperaré bajo los fresnos. No dejarás de venir aquí». Dania sonrió con expresión candorosamente irónica y toda la estancia se iluminó con el resplandor azul de sus ojos. Comprendí, por fin, porque había penetrado en el fondo de su pensamiento. Se aproximó hasta mí y acarició mis manos con su mano fría.

7

Ni un solo día dejé de frecuentar la mansión. Allí me esperaba Dania, sonriente y atenta a la más insignificante de mis decisiones. Merodeábamos incansables por las tardes entre los árboles del jardín, en un paseo que nos disponía, orientados los sentidos hacia la revelación más pura de nuestra intimidad, para el esparcimiento incontenible de las vigiliass nocturnas. De noche, me esperaba asomada a la galería, con frecuencia velada por la luna del solsticio. A su contacto se abrían las puertas con calculada quejumbre musical y se iluminaban todas las estancias. Nos sentábamos en el centro de un salón espacioso, carente de todo adorno y mobiliario, pero en un vacío que Dania iba poblando con la inagotable variedad de su fantasía. Imaginaba juegos insólitos con palabras desbordantes que yo escuchaba embelesado y que me sería imposible reproducir ahora; juegos que parecían cuentos inverosímiles, experiencias pasmosas que ella decía haber presenciado y vivido, terrores escalofriantes, historias amorosas adornadas con el registro inimitable de sus tonos de voz. Voz cadenciosa y no exenta de gravedad femenina que limaba los contornos ásperos en su decir, pero que se impregnaba de inflexiones melancólicas.

Un juego nos entretenía hasta muy altas horas de la noche. Sentados, como he dicho, en el salón, cerrábamos herméticamente las puertas y ventanas, hacíamos que la luz desapareciera y permanecíamos en el silencio más absoluto, que semejaba brotar de la

libre actividad de nuestra mente. A continuación, tras una tensa espera, todo consistía en averiguar quién había percibido sensaciones más nítidas en la oscuridad. El experimento resultaba apasionante, aun en el período de mi iniciación. Zumbaba el fondo del olivar como si se tratara de un suspiro, igual que si el cielo espeso de la noche lo apretujara contra la tierra insensible; de diversas partes llegaban clamores, risas misteriosas, conversaciones entrecortadas, jadeos agudísimos, hasta tal grado de tensión que, al final, la luz se encendía. Comprobé que cuanto más se mantuviera la respiración, tanto más se prolongaba aquel singular proceso. En su concurso, era necesario liberar una potencia espiritual que, siendo distinta de las otras, las estimulaba como la lámpara que funde las luces en un solo resplandor. La tarea principal estribaba en recordar después sin perder el aliento, asociar los instantes retenidos al brillo incandescente de la intimidad, fijos en cualquier ruido del fondo a que el sonido se fuera clarificando. Si por cualquier accidente interrumpíamos el volumen del aire que, en un nivel ascendente iba llenando nuestro interior, el proceso se desvanecía y el ruido se desmoronaba en imprecisiones gangosas. Había que afinarlo de nuevo para mantenerlo tenso en una superficie brillante, con el objeto de que en su suave película se instalara la representación que pretendíamos conseguir. Paisajes, sueños, sentimientos, pensamientos, todo pasaba por la retina del vacío expectante, con fidelidad más exigente cuanto más se afinaba el hilo respiratorio. Dania corregía mis lecciones y encauzaba mis experimentos. Me enseñó a modelar la voz, lo que yo obtenía cambiando de lugar mis experiencias y atrayendo el mayor número de representaciones al vacío tentacular, tensamente mantenido. Fuera de la vibración del instante, los sonidos se disipaban como las nubecillas arenosas de la Fuente del Baño. Durante esos ejercicios logré perfilar representaciones pulidas como carámbanos; mi interioridad se patentizó al modo de una cueva resplandeciente de sonidos petrificados en multicolores estalactitas.

Acometíamos sucesivas experiencias, cada vez más excitantes. Con frecuencia, el claro triangular venía a constituir el espacio abierto de nuestras actividades. Dania se colocaba en el centro y empezaba a pulsar con sus manos las capas bajas del aire. Trataba de atraer lo que ella denominada el Estado de Gracia, solamente

conjurable en intensos momentos de iluminación solar; de manera que si se interponía alguna nube o el día se presentaba nublado, el intento resultaba inútil. No llegué a penetrar el secreto de la hora propicia, aunque creo recordar que el Estado de Gracia advení en momentos en que el sol iniciaba su descenso. Era el instante débil del aire, decía Dania; aquel en que pierde tirantez a fuerza de melancolía. Cerraba los ojos, alzaba la cabeza gloriosa hacia arriba, permanecía unos segundos en éxtasis y, a continuación, pulsaba las débiles cañas del aire con sus dedos y allí donde tocaba surgían notas musicales, de manera que el aire se ponía a vibrar como una siringa. La maravilla no acababa ahí; cuando sonaban los puntos pulsados por Dania, por encima de nuestras cabezas se abrían unos ojos luminosos con tal intensidad que parpadeaban; se desplazaban después con celeridad tal que imprimían en la atmósfera círculos de fuego de diverso tamaño, esferillas incandescentes que se iban diluyendo poco a poco en cercos silbantes de humo, como de ceniza. Decía Dania que era posible mantener esos círculos el tiempo deseado, siempre que, dominando la emoción del momento, se fijara la vista en ellos sin inmutarse.

Una noche quiso someterme a la prueba del baño. Consistía tal prueba en zambullirse en la fuente en el punto exacto en que la luna rozara la cima de su apogeo. El baño tenía que verificarse —así lo aconsejaba Dania— en absoluto vacío interior y, por consiguiente, en plena desnudez corporal; era necesario sentir en toda su pureza elemental el contacto con el agua. Inmediatamente, puso en práctica su consejo y apareció ante mi vista en su desnudez esencial. No sabría ahora describir la impresión que la visión de la muchacha desnuda me suscitó. Si Dania vestida me comunicaba un desasosiego íntimo, un febril erizamiento de la piel al solo contacto de sus manos frías, en la fragancia de su desnudez me transportaba hasta un embelesamiento en que participaban los sentidos para segregar el jugo más puro de su espiritualidad carnal. Semejante a lo que ocurre con el color azul de las mariposas tropicales, las cuales, al quebrar los rayos de luz en las membranas de sus alas, diluyen el color en la resplandeciente luz azul que llega a nuestros ojos. No fue preciso que Dania me invitara a imitarla, pues su decisión se me impuso con la vehemencia de un acto reflejo. Me hallaba junto a ella en el reborde de césped cuando, súbitamente, se

lanzó sobre la superficie del agua y desapareció en el fondo. Esperé unos momentos que se me hicieron interminables a que reapareciera, pero en vano. Se produjo un susurro detrás, es decir, más allá del terraplén por donde asoma el olivar; enfilé la mirada en aquella dirección y el susurro se exhalaba en dirección contraria, así cuantas veces y en cuantas direcciones me volvía. Sentí un frío repentino. El cielo de la noche solsticial iba borrando la luna y por el ojo de la fuente subía una claridad helada, como de nieve fundida por el sol. «No temas. Di Eguintus y acércate». Las palabras parecían brotar de los labios de Dania, pero resonaban en mi interior, ya sin concurso de espacio ni de tiempo, con tal seguridad, que se dirían susurradas por mi misma convicción. Dije Eguintus y me respondió al fondo una sonora carcajada. Ladraban unos perros a lo lejos.

8

Sin razón evidente que lo justificara, Dania había desaparecido de mi vista y me había abandonado a una soledad insoportable. Aumentó mi extremada tendencia al aislamiento; aislamiento que no pasó desapercibido a mis padres y amigos, pero que comprendieron, ignoro por qué motivos, e incluso debieron de fomentar por percatarse, quizás, de la ayuda que debían prestar al desarrollo del destino natural que en mí adivinaron. Por tanto, si en un principio llegué a rozar límites de un abandono supremo, de una irascibilidad de ánimo tal que no me concedía minuto de reposo, pronto me vi sumido en un estado de serenidad, tan profundo y enervante, que amenazó con insensibilizar las zonas más ocultas de mi ser, o despertarlas de modo tan acuciante y radical, que mis capas conscientes permanecieron adormecidas. Así, fluía en mí un hervor irritante que me desconcertaba por las experiencias que obligaba a acometer.

Se me despertó una fascinación morbosa por los lugares más recónditos y lejanos, donde pasaba horas enteras inactivo, con la mente abandonada a una extraña penetración cósmica, con el cuerpo distenso y casi en trance de acometer un movimiento de elevación. De este modo, igual que si me hubiera saturado de un flujo misterioso, se me desató una rara facultad de imaginar que coin-

cidio, si mal no recuerdo, con unos días de postración en que, forzosamente, debí guardar cama. Frecuentemente, desde mi niñez, me asaltaban unos mareos tan vertiginosos que, dondequiera que estuviera, necesitaba tenderme sobre el suelo, rígido; a veces, pasaba unos días en la cama sin atreverme a ensayar acción alguna. Si, por casualidad, doblaba la cabeza, todo empezaba a girar, primero lentamente, después con tal frenesí, que debía cerrar los ojos si quería que el mareo cesara. Con la reproducción casi periódica de estos mareos, sometía a mi madre a un anhelante nerviosismo, ya que la aparatosidad de las alarmas con que yo los acogía, la dejaban maniatada en la impotencia, al ignorar la causa misteriosa que los originaba. Me sentía abandonado, tras apagarse su impulso inicial, en un mundo de voluptuosidad ensoñadora y fantástica.

En esos trances de relajación total, mi pensamiento elegía un paraje y mi imaginación se adentraba por él para desplegar una objetividad tal que hasta mí mismo no dejó de maravillarme. Descubría lugares donde no había estado jamás y que podía descubrir con una variedad infinita de detalles. Sabiéndome dotado de tan peculiares atributos, hube de guardar silencio, puesto que me anticipaba al desenlace de acontecimientos previstos y que, de haberles dado publicidad, hubieran comprometido una soledad tan celosamente perseguida. Todo empezaba con la pérdida de los sentidos exteriores que seguía a un mareo profundo. Paulatinamente, iba despertando dentro de mí, con los ojos cerrados; luego se abría una sima interior iluminada por una luz irreal fosforescente, por la que me precipitaba con el vértigo de un remolino. Tocado fondo, un pozo oscuro, un espacio cerrado destellante, la luz filtrada que provenía de algún resquicio exterior me guiaba hasta un pasadizo anunciado por silenciosas sonoridades musicales. Bastaba con pensar ese instante en algún lugar concreto para que, al punto, lo contemplara con una precisión meridiana.

9

Restablecido de tales abatimientos, se me despertó una necesidad fatal—animal sería el término justo—de escapar de casa, siempre de noche y coincidiendo con las fechas que van de San Juan a San Pedro, rincón del año en que todo mi ser parecía metamorfo-

searse. Salía a eso de las doce, cruzaba el río, me internaba por un camino cercado de frondosos huertos con tapiales blancos, abocaba a un claro de glebas albinas que llaman El Palomar, torcía hacia la izquierda y me detenía en una plataforma bordada de hortalas en cuyo primer ángulo todavía se levanta, casi en ruinas, el Huerto de Penene. El aire encantado de la noche titilaba con el temblor de las falenas hechizadas; insectos y abejas se abatían incansables sobre los granados en flor entre juncias aromáticas, como si intentaran sorber el flujo mágico de la luna, que en esos instantes brillaba en todo su esplendor.

Una noche, el zumbido de los insectos se hizo tan intenso que la luna estuvo a punto de desaparecer tras un sombrío celaje. Se percibía un sordo cuchicheo a lo lejos, sobre un fondo espeso de ladrillos. Un resplandor rojizo se iba elevando tras el negro follaje de los árboles de enfrente. El río, que antes de precipitarse suavemente por una olmeda se ensanchaba, reflejó el palpitar de la lumbre como si un crepúsculo de llamas brotara de la espesura. Poco a poco, las sombras movibles, recortadas por la claridad azul de la luna, cobraban consistencia ante mis ojos. Dos hileras de figuras indefinidas, uniformes en gesto y movimientos, cada una con una tea encendida e inclinada hacia el interior del corredor de fuego que describían, cruzaban delante del huerto tras cuya casa me había detenido. Al situarse a su altura, se produjo un silencio impenetrable, tan sólo turbado por el chisporroteo de las teas y el rebalaje cercano de las aguas. Intenté sorprender en las miradas de aquellas figuras herméticas algún signo que me permitiera interpretarlas, pero en todas ellas se exhalaba idéntico recogimiento interior, la misma placidez de rostro, igual acompasamiento sereno en los ademanes. Las dos hileras atravesaron el río sin apenas rozar su superficie cincelada por la claridad lunar, rebasaron el promontorio y se internaron al pie de la primera colina de la Dehesa próxima, que se teñía de figuraciones fantasmales.

Impresionante en aquella procesión de sombras era el efecto rítmico que conseguían. No consistía lo notable, como pudiera creerse, en el perfecto ajuste de su movimiento, es decir, que al alzar el pie derecho, seguía con fatalidad precisa el afianzamiento del pie izquierdo contra el suelo, dispuesto a recibirlo con la tirantez del parche de un tambor. Desde el sitio donde me encontraba,

podía observar un hecho más peregrino: el movimiento del aire que pasaba por encima de sus cabezas, agitado por el temblor de la lumbre de las teas. La luna se había ocultado y, al mismo tiempo, cesó el zumbido de las abejas en torno a los arbustos floridos. Era la hora convenida en que debía regresar a casa, después de haberme sumergido en la corriente, como si obedeciera a una prescripción ritual. Sin embargo, me hallaba aún preso en el encanto del chisporroteo de las teas que no dejaba de percibirse más allá. Mi insumisión a un fenómeno natural me preparó para la comprensión de un suceso más inquietante. Conforme el ritmo iba ganando en intensidad y en precisión sobre el silencio expectante de la noche que lo devolvía a mis oídos en un eco, el resplandor de las teas se apagaba lentamente y un nuevo resplandor de luz se concentraba en algún punto del cielo, muy cercano al horizonte, hasta que empezaba a cegar con viveza que ya no fui capaz de determinar, porque me había quedado dormido junto al muro de la casa. Antes de despertar, vi a Dania sonreírme desde la galería de la mansión, que se iba tiñendo con el frescor purpúreo de oriente. Empezaba a cantar el ruiseñor de la mañana.